

LA MUJER EN EL ESPEJO

El espejo y la mujer, qué cosa más eficiente. Algunas lo tenemos pequeñito para que nos entre en nuestros bolsos, hay de diferentes formas y colores, redondo o cuadrado. Los más deseados son los de color oro y color plata, nos gustan mucho porque son sofisticados y bonitos. Siempre nos agrada peinarnos y maquillarnos delante de nuestro espejo y las que somos mamás arreglar a nuestros y nuestras peques.

Era que se era una mujer valiente que había pasado por muchos escalones en la vida, algunos buenos y otros malos. Tenía un espejo en su alcoba, era grande y estaba siempre limpio. Esa mujer sonreía, pero a veces lo pasaba mal, era sincera y sencilla y en sus adentros vivía entre silencios y gritos. Se miraba en su espejo y no veía el pasar del tiempo, no se sentía mayor, sino una mujer madura con ganas de encontrar un hombre que le hiciera sombra como los árboles en un día de calor. Al final, la mujer encontró a ese amor y pudo ser madre.

Las mamás, esas grandes administradoras de nuestras cosas, capaces de hacer de todo como curar una herida con mil mimos y arrumacos. Yo admiro a las madres, sobre todo a la mía, que con pocas cosas me daba un mundo. Lo que más me gustaba eran los arrumacos después de una herida o de cuando me hacían alguna trastada. Las madres quieren tanto a sus hijos e hijas que lo dan todo por ellos y ellas, pero no se dan cuenta que cuando crecen tienen que dejar de sobreproteger, porque luego les cuesta mucho madurar. Una madre quiere tanto que a veces protege demasiado. Los espejos de sus madres son sus hijos e hijas, por lo tanto, no pueden evitar protegerlos y protegerlas demasiado ya que son un trozo de su ser. Los hijos e hijas se miran también en el espejo de sus madres, quieren que ellas se sientan orgullosas. En definitiva, las madres son los espejos del alma.

La mujer valiente se separa del hombre que un día la amó y deja un retoño de por medio. Su hijo madura pronto, pero también enferma de la cabecita. Sus padres ya separados se unen para poder ayudarle. El joven empeora y empieza la lucha, el ingreso y las medicaciones. La mujer no deja de sufrir por su hijo, lo que más aman está enfermo y no saben cómo ayudarle, lo llenan de arrumacos y le pagan un buen psiquiatra. El chico le cuenta todo y el médico le manda una medicación acorde con su enfermedad.

El hijo de la mujer valiente se recupera, pero tendrá una enfermedad mental y tratamiento de por vida. Por lo tanto, los problemas de salud mental se tratan con profesionales y asociaciones que cumplen su propósito que es mejorar la vida de dichas personas.

Salud mental un derecho necesario, mañana puedes ser tú.

Florentina González Pérez